

The image shows the back of a man's head, which is shaved. A barcode is tattooed on the nape of his neck. The man is wearing a dark, possibly black, garment. The background is plain white.

«Es una obra de
arte, y si lo lees,
te cambiará.»
—Ursula K. Leguin

CAMPO

DE CONCENTRACIÓN

THOMAS M.

DISCH

Década de los setenta del siglo XX: Los Estados Unidos han declarado la guerra al resto del mundo y a gran parte de su propia ciudadanía, y están dispuestos a usar cualquier arma que les asegure la victoria. Louis Sacchetti, un poeta encarcelado por negarse a ser alistado, es llevado a una instalación secreta llamada campo Arquímedes, donde es testigo involuntario de los experimentos despiadados de «maximización de la inteligencia» llevados a cabo por el ejército. Los prisioneros a los que se les administra Palidina, una droga derivada de la espiroqueta de la sífilis, pronto se convierten en genios, pero hay un desafortunado efecto secundario. La Palidina resulta mortal en todos los casos.

Obra fundamental de Thomas M. Disch —y de la ciencia ficción contemporánea—, *Campo de concentración* funciona como una caja china, como una novela dentro de la novela —el diario que debe escribir Sacchetti—, con todos los juegos literarios que esto implica, con todos los guiños al lector, con toda la pirotecnia del talento.

*Este libro está dedicado, con agradecimiento,
a John Sladek y a Thomas Mann,
dos buenos escritores.*

*Ahora, lector, te contaré mi sueño;
ve si puedes interpretarlo para mí,
o para ti, o para el prójimo. Pero cuida
de no malinterpretarlo; pues, en lugar
de hacer el bien, abusarás de ti mismo
por malinterpretar obras nefastas.*

*Cuida, también, de no ser extremo
al juzgar con lo externo de mi sueño.
No dejes que mi figura o algo similar
te exponga a las risas o a una enemistad;
deja eso para muchachos y tontos; pero tú
podrás contemplar la sustancia de mi argu-
mento.*

*Descorre los telones, mira dentro de mi ve-
lo;
invierte mis metáforas y no falles.*

*Allí, si las buscas, puedes encontrar tales
cosas,
que serán de utilidad a una mente honesta.
Y en cuanto a la escoria que allí encuentres,
sé valiente
y arrójala, pero aún preserva el oro.
¿Y si mi oro está inmerso en la materia?
Pero si tu desechas todo como vano,
no lo sé, pero creo que soñaré de nuevo.*

John Bunyan,
El progreso del peregrino

LIBRO UNO

11 de mayo

El joven R. M., mi guardia mormón, me ha traído finalmente una provisión de papel. Han pasado tres meses desde la primera vez que le pedí que me consiguiera un poco. Inexplicable, este cambio de parecer. Tal vez Andrea le ha podido sobornar. Rigor Mortis lo niega, pero eso era de esperar: de cualquier forma lo negaría. Hablamos de política y tuve la oportunidad de enterarme —por insinuaciones que R. M. dejó caer al pasar— de que el presidente McNamara ha decidido usar armas tácticas nucleares. Quizás por eso le deba este papel a McNamara y no a Andrea, ya que R. M. se ha estado lamentando todas estas semanas porque al General Sherman le había sido negada la fuerza de ataque adecuada. Cuando, como hoy, R. M. está feliz, su horrible sonrisa —esos delgados labios estirados firmemente hacia atrás sobre sus perfectos dientes de calavera— aparece frente a la menor pretensión humorística. ¿Por qué tienen todos los mormones que he conocido la misma sonrisa constipada? ¿Es demasiado severo su entrenamiento en materia de necesidades fisiológicas?

Éste es mi diario. En él puedo ser sincero. Y para ser sincero, no podría ser más miserable.

12 de mayo

Los diarios —los que he intentado escribir alguna vez— tienen la costumbre de volverse meras exhortaciones. En éste debo ser objetivo desde el principio, tomando como modelo esa extraordinaria crónica de la existencia carcelaria: *La Casa de los Muertos*. Debería ser fácil ser objetivo aquí: desde mi niñez no he sufrido tanta opresión a causa de las meras circunstancias. Las dos horas diarias que preceden a la cena se pasan en un Huerto de los Olivos de espanto y de esperanza: temor de que nos sirvan esos viles *spaghetti* una vez más, esperanza de encontrar una buena porción de carne en mi cucharón de guisado, o una manzana de postre. Peor que la comida es el enloquecido trajín matutino de fregado y lustrado, preparando nuestras celdas para la inspección. Nuestras celdas están tan *extremadamente* limpias como un sueño de Philip Johnson (Gran Baño Central), mientras que nosotros, los prisioneros, llevamos encima el increíble e inextinguible olor de nuestra vieja y gastada carne.

Sin embargo, no llevamos aquí una vida peor que la que estaríamos llevando fuera de estas paredes si hubiéramos respondido a nuestra citación de reclutamiento. Detestable como es, esta prisión tiene una ventaja: no nos conducirá tan rápidamente, tan probablemente, a la muerte. Esto, sin mencionar la inestimable ventaja de sentir nuestra honestidad.

¡Ah! Pero ¿quiénes somos nosotros? Aparte de mí, hay menos de una docena de pacifistas, y se nos mantiene cuidadosamente separados entre nosotros para impedir cualquier posible compañerismo. Los prisioneros —los *verdaderos* prisioneros— nos desprecian. Ellos tienen una ventaja más sustancial que la honestidad: la culpa. Así, nuestro aislamiento —mi aislamiento— se torna aún mucho más absoluto. Temo compadecerme de mí mismo. Hay tardes en

que me siento aquí, *deseando* que venga R. M. para charlar conmigo.

¡Cuatro meses! Y mi sentencia es de cinco años... Ésa es la Gorgona de todos mis pensamientos.

13 de mayo

Debo hablar de Smede, el celador. Smede, mi archienemigo; Smede el arbitrario, que aún me niega privilegios de biblioteca, permitiéndome únicamente un Nuevo Testamento o un misal. Es como si me hubieran obligado —como tan frecuentemente me amenazaban— a pasar mis vacaciones de verano con el aborrecido tío Morris de mi infancia, quien advertía a mis padres que perdería la vista por leer tanto. Smede: grosero, pelado, con la gordura de un atleta arruinado. Se lo podría despreciar solamente por tener un nombre así. Hoy supe —por el resto de la carta mensual de Andrea, lo que el censor (¿Smede?) no había tachado— que las pruebas de galera de *Las Colinas de Suiza* me habían sido enviadas aquí, pero fueron devueltas al editor, con una nota explicando las reglas de correspondencia con los prisioneros. Eso fue hace tres meses. El libro está en imprenta ahora. ¡Ha sido *reseñado*! Sospecho que el editor se apuró con la esperanza de obtener del juicio un poco de publicidad gratis...

El censor, naturalmente, sacó la reseña que Andrea había adjuntado. Mi vanidad agoniza. Durante diez años no pude adjudicarme otro libro que no fuera mi miserable tesis de doctorado sobre Winstanley; ahora mis poemas están en imprenta, y pueden pasar otros cinco años antes de que se me permita verlos... ¡Que se pudran los ojos de Smede como las patatas en primavera, que se convulsione con la parálisis malaya! He tratado de seguir con el ciclo de «Ceremonias», pero no puedo. Las fuentes están secas, secas.

14 de mayo

Spaghetti.

En noches como ésta (escribo estas notas después de que se apagan las luces, iluminado por los veinte vatios que continuamente iluminan el inodoro del baño) me pregunto si habré hecho lo correcto eligiendo venir aquí, o si me estoy comportando como un tonto. ¿Es ésta la sustancia del heroísmo o del masoquismo? En mi vida privada mi conciencia nunca fue tan consciente; pero, maldita sea, esta guerra está *equivocada*.

Había pensado —me había convencido a mí mismo— que el venir aquí voluntariamente no sería muy distinto de unirme a un monasterio trapense, que mis privaciones serían más soportables si eran elegidas libremente. Como hombre casado, la vida de contemplación en sus aspectos más extremos me ha sido negada, y es algo que he lamentado siempre. Me imaginaba el ascetismo como un lujo extravagante, una especie de trufa espiritual... ¡Ja!

En la litera de abajo, un pequeño burgués mañoso (encarcelado por cargos de evasión de impuestos) ronca plácidamente. Los resortes de la cama rechinan en la casi visible oscuridad. Trato de pensar en Andrea. En la escuela secundaria, el Hermano Wilfred nos aconsejaba rezar a la Virgen bendita cuando surgieran pensamientos lujuriosos. Tal vez a él le resultara.

15 de mayo

¡*Nel mezzo del cammin di nostra vita*, ya lo creo! Mi trigésimo quinto cumpleaños, y un pequeño ataque de angustia. Esta mañana, delante del espejo de metal para afeitarnos, mi doble, Luis II, predominó por unos instantes. Burló, ensució y arrastró el estandarte de la lealtad con sus insolencias, y no mencionemos el de la esperanza (ya bastante su-

cia estos días). Recordó el triste verano de mi quinceavo año, el verano en que Luis II estuvo en plena posesión de mi alma. ¿Triste? Realmente hubo una buena cuota de regocijo al decir *non serviam*, un regocijo que aún se confunde con mi primer recuerdo del sexo.

¿Es mi actual situación tan radicalmente diferente? Excepto que ahora, prudentemente, digo *non serviam* a César antes que a Dios. Cuando llegó el capellán para oír mi confesión, no hablé de estos escrúpulos; en su conciencia habría sido capaz de tomar parte por el cínico Luis II. Pero a estas alturas ha aprendido a no emplear los escasos recursos de su casuística contra mí (es otro retrógrado irlandés tomista), y pretende aceptarme en mi propia valoración moral.

—Pero cuidado, Louis —me aconseja, después de absolverme—, cuídate del orgullo intelectual.

Siempre he supuesto qué significa cuidarse del intelecto. ¿Cómo distinguir entre el sentido de la propia rectitud y la obstinación engreída? ¿Entre los dos Luises? ¿Cómo, una vez emprendido, frenar el *cuestionamiento*? (Ésa es la cuestión). ¿Tiene tales problemas alguien como R. M.? Da la impresión de no haber tenido jamás una duda en toda su vida, y los mormones parecen tener tanto más de qué dudar...

Estoy siendo poco caritativo. Esas fuentes también se están secando.

16 de mayo

Hoy fuimos enviados fuera de la prisión, con instrucciones de cortar y quemar árboles secos: un nuevo virus enemigo, o uno de los nuestros, perdido. A pesar del verano, el paisaje alrededor de la prisión es casi tan desolador como adentro: la guerra ha terminado por devorar nuestras reservas de riquezas y está dañando las fibras de lo cotidiano.

De regreso, tuvimos que desfilas por la clínica para obtener nuestra última vacuna. El médico de turno me retuvo después de que los otros se hubieron ido. Un momento de pánico. ¿Había reconocido en mí los síntomas de una de las nuevas enfermedades de la guerra? No. Era para mostrarme la reseña de *Las Colinas de Suiza*. ¡Bendita!, bendita sea la señorita Moris del *New Dissent*. Le gustó (¡Viva!), Aunque exceptuando, como era de suponer, los poemas fetichistas. También omitía las referencias a Rilke, sobre las que tanto trabajé. ¡Búa! Mientras leía la reseña, el buen doctor me inyectaba lo que parecían ser varios centímetros cúbicos de mezcla turbia en el muslo; en mi felicidad apenas lo noté. Una reseña: existo *realmente*. Debo escribir una carta de agradecimiento a Moris. Quizás R. M. me la despache. Puede que aún sea capaz de empezar a escribir otra vez.

17 de mayo

Los dos maricas con los que —de mala gana— el Mafia y yo compartimos nuestra celda (no es, como observarán, la suya), han dejado de hablarse entre sí. Dony se sienta todo el día sobre el inodoro y silba *blues*. Peter refunfuña sombríamente en su litera. Ocasionalmente, Dony me dirigiría una queja acerca de las promiscuidades de Peter, reales o imaginarias. (¿Cuándo encontrarán oportunidad para la infidelidad?). Dony, más joven y negro, es femenino hasta en sus mañas, que son frívolas y experimentadas. Peter, aún en los 30 años, es más buen mozo, a pesar de que su cara tiene una apariencia desvencijada y gastada. Ambos están aquí por consumo de narcóticos, a pesar de que Peter se distingue por haber ido a juicio por asesinato. Uno tiene la impresión de que lamenta el haber sido absuelto. Su pasión mutua tiene demasiados elementos de necesidad para ser realmente conveniente: si tú fueras el único muchacho

en el mundo y yo fuera el otro único... ¿Quién está siendo degenerado ahora?

Debo decir, sin embargo, que encuentro más aceptable este tipo de cosas cuando son menos directas; en Genet, por ejemplo. Mi liberalidad se achica ante hechos reales. Por lo tanto hay, en este contexto, una ventaja en ser tan gordo como soy. Nadie, en su sano juicio, codiciaría este cuerpo.

En una época pensé hacer un libro inspirado en gente gorda. Su título: *Quince Gordos Famosos*; el Dr. Johnson, Alfred Hitchcock, Salinger, Tomás de Aquino, Melchor, Buda, Norbert Wiener, etcétera.

Los resortes de la cama están quietos esta noche; pero de tanto en tanto, entre los ronquidos del Mafia, Dony o Peter lanzan un suspiro.

18 de mayo

Esta tarde pasé una hora con el joven Rigor Mortis. El epíteto puede ser injusto, ya que R. M. es lo más parecido a un amigo que he encontrado aquí. Es, a pesar de toda su ortodoxia, un hombre de buena voluntad —de veras—, y nuestras charlas son —espero— algo más que ejercicios de retórica. Por mi parte, sé que siento —más allá de mi impulso evangélico de ganarle— casi desesperados deseos de entenderle, ya que son R. M. y sus iguales quienes perpetúan esta guerra increíble; los que creen, con una sinceridad que no puedo poner en duda, que llevan a cabo una acción moral. ¿O acaso debo aceptar la tesis de nuestros neo-milsianos (neo-maquiavelos, mejor dicho), quienes mantienen que el electorado es, simplemente, un objeto sobre el cual se actúa, o sea, las víctimas de este drama mundial, y que sus dueños secretos, en el Olimpo de Washington, moldean sus opiniones, tan fácilmente como (se sabe) controlan la prensa?

Podría llegar a desear que fuera así. Si la persuasión fuera una tarea tan fácil, las pocas voces honestas podrían tener la esperanza de surtir algún efecto; pero es un hecho que ni yo, ni ningún otro miembro del Comité para la Paz Unilateral que yo sepa, hemos convencido jamás de la locura e inmoralidad de esta guerra a nadie que, en el fondo, no fuera ya del mismo parecer, o que no necesitara convencimiento, sino simplemente nuestra reafirmación.

Tal vez Andrea tenga razón. Tal vez debería dejar esta guerra a los políticos y propagandistas; a los expertos, como se les llama. (Ni más ni menos, Eichmann fue considerado un experto en el problema judío. Después de todo, hablaba yiddish). Abandonar la controversia, para que pueda consagrar mis talentos exclusivamente a las Musas.

¿Y mi alma, entonces, al Demonio?

No; aunque la oposición es una tarea desesperada, la conformidad sería peor. Consideremos el caso de Youngerman. Él consintió, se lavó las manos, amordazó su conciencia. ¿Le mantuvo la ironía, o las Musas? Cuando Ud. se pone de pie para dar un discurso de comienzo de curso y la mitad del público se va, ¿en qué queda su orgullosa indiferencia, eh, poeta? Y su último libro, ¡tan malo, tan malo!

Pero Youngerman sabe al menos el significado de su silencio. Cuando le hablo a R. M., el lenguaje mismo parece cambiar. Me aferro a los significados, pero se escapan como peces en una corriente de montaña. O una metáfora mejor: es como una de esas puertas secretas que era común ver en las películas de horror. Parece ser parte de la biblioteca, pero cuando se libera el resorte oculto, se vuelve, y su reverso es una ruda cara de piedra. Debo tratar de desarrollar esa imagen.

La última palabra sobre R. M.: me temo que no podemos entendernos. A veces me pregunto si la razón no es, simplemente, que es muy estúpido.

19 de mayo

La inspiración me visita asumiendo la característica apariencia terrenal de un ataque de diarrea, apoyado por dolor de cabeza. Auden dice en alguna parte (¿en la Carta a Lord Byron?): «*cuán a menudo del poeta los vuelos mejores / se deben a tarán tarán tarán dolores*».

Aunque parezca una paradoja, se debería sobreentender que no me he sentido tan bien durante meses. En honor de la ocasión, transcribiré mi pequeño poema (el más insignificante de los versos, pero ¡Dios, cuánto ha pasado desde el último!).

La canción del gusano de seda

*Cómo podría estar yo listo para entrar
En ese cajón de madera de cedro. ¿No es obvio?*

No es el momento

Estoy en la flor de la vida

*El rocío apenas está seco detrás de mis orejas
Las palabras no pueden descubrir mis lágrimas
y la canción.*

Escúchala

Las mismas rocas están mudas. En éxtasis.

*¿Cómo podría sumergirme
en esa oscuridad, dejando mi alma atrás?*

Oye las mariposas cantarinas

y los cántaros rotos;

entra en el cajón.

*No, no puedo detener el revoloteo
de mariposas y cántaros rotos.*

¡Oh! Deténganse

(Aquí termina la porción manuscrita del diario de Louis Sacchetti. Todos los pasajes siguientes estaban escritos a máquina en papel de distinto tamaño y calidad. —*El Editor*).

2 de junio

¡Estoy siendo retenido prisionero! He sido raptado de la prisión que me correspondía por ley y me han traído a una prisión a la que no pertenezco. Se me negó una notificación legal. Mis protestas son ignoradas con exasperante suavidad. Nunca, desde las tiranías de los campos de deporte de mi infancia, las reglas de juego han sido tan absoluta y arrogantemente anuladas, y yo estoy indefenso para hacerles frente. ¿A quién me debo quejar? Ni siquiera hay un capellán en este lugar, según dicen. Sólo Dios y mis guardias me oyen ahora.

En Springfield era prisionero por una razón establecida, por un tiempo determinado. Aquí (donde sea que pueda estar) nada está establecido, no hay reglas. Exijo incesantemente ser devuelto a Springfield, pero la única respuesta que consigo es que me restrieguen en la cara el papel que Smede firmó aprobando mi traslado. Smede habría aprobado mi ejecución en la cámara de gas, llegado el caso. ¡Maldito Smede! ¡Malditos estos nuevos desconocidos, con sus uniformes elegantes, negros, imposibles de identificar! ¡Maldito yo, por haber sido tan estúpido como para colocarme en una situación en la que esto pueden suceder! Debería haber sido astuto como Larkin o Revere, y fingido una psicosis para permanecer fuera del ejército. ¡Aquí es donde toda mi jodida, quisquillosa moralidad, me condujo: a estar jodido!

El toque final es esto: el viejo mediocre —ante el cual me llevan regularmente para ser entrevistado— me ha pedido que lleve un registro de mis experiencias aquí. Un diario. ¡Dice que admira mi forma de escribir! Tengo un don real para las palabras, según dice. ¡Ay, Dioses!

Durante más de una semana traté de comportarme como un verdadero prisionero de guerra —nombre, rango y número de Seguridad Social— pero es como la huelga de hambre que intenté, hace tiempo, cuando estaba en la cár-

cel de Montgomery: la gente que no puede estar a dieta cuatro días seguidos, no debería intentar huelgas de hambre.

Por lo tanto, aquí está su diario, viejo cara de culo. Ya sabe lo que puede hacer con él.

3 de junio

Me lo agradeció, eso fue lo que hizo. Dijo:

—Puedo entender que encuentre todo esto muy deprimente, Sr. Sacchetti —Sr. Sacchetti, así y todo—. Créame, queremos hacer todo lo que esté en nuestro poder, aquí en Campo Arquímedes, para hacer más fácil su paso por él. Ésa es mi función. *Su* función es observar e interpretar. Pero no hay necesidad de comenzar de inmediato. Toma tiempo adaptarse a un nuevo medio, puedo entenderlo, por cierto. Pero creo poder asegurar que, una vez que haya realizado su adaptación, disfrutará de su vida aquí mucho más de lo que hubiera disfrutado en Springfield, o de lo que ha disfrutado en Springfield en el pasado. He leído las escasas notas que guardaba allí, Ud. sabe.

Interrumpí para decir que no sabía.

—Ah, sí. El celador Smede fue tan gentil como para enviarlas, y yo las leí con gran interés. De hecho, fue por mi pedido que se le permitió comenzar ese diario. Quería una muestra de su trabajo, por así decirlo, antes de traerle aquí. Realmente, presentó usted una imagen desgarradora de su vida en Springfield. Honestamente puedo decir que me conmovió. Puedo asegurarle, Sr. Sacchetti, que aquí no sufrirá tales vejámenes.

»Y tampoco proliferan aquí ninguna de esas repugnantes inmoralidades, ¡ya lo creo que NO! Ud. estaba desgastándose en aquella prisión, Sr. Sacchetti. No era lugar para un hombre de sus dotes intelectuales. Yo mismo soy algo así como un experto en el departamento I+D. Puede que